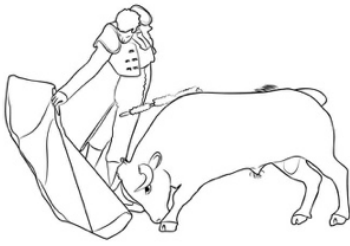


LA DESPEDIDA



mas.f37anqaRgntola2www

Era la despedida, la última tarde en los ruedos. Aquella en la que ya no volvería a pisar la arena, esa arena que había sido testigo de sus miedos y de su valentía y en la que, en ocasiones, había quedado la huella de su sangre esparcida entre diminutos granos de tierra. Era un día caluroso de principio del mes de septiembre, el sol caía lento sobre la plaza, tiñendo de oro la arena que tantas veces había sido testigo de su valor. Maestro en faenas y veterano en cicatrices, sabía que aquella tarde no era una más, era la última, era la despedida. Tenía que darlo todo, que fuese la más sonada, la más aplaudida.

Eran las seis de la tarde. La hora de la verdad. Preparado junto a su cuadrilla, esperaba la orden de salida. El paseíllo se convirtió en un ritual íntimo, donde sus pensamientos le llevaban a su primera vez. Luego, a los grandes triunfos en tantas tardes de trofeos. Los viajes por todas las ciudades más importantes, especialmente, en las grandes plazas de Francia y Méjico, donde lo adoraban y le aplaudían por su valor y maestría. Aquellos ruedos en los que había tenido tantas satisfacciones y también algunos desencuentros. No solo era un buen torero, también era una persona respetada y querida por el público.

Cada paso que daba, cada mirada al tendido era un agradecimiento silencioso a toda aquella gente que le animaba. Quería darlo todo, irse por la puerta grande como muchas de las tardes que había salido a hombros. La noche anterior a su despedida, tumbado en la cama sin poder dormir, veía su vida pasar lenta por su mente. Recordaba el pasar de los años, desde que empezó siendo un chaval, hasta los días más gloriosos. Descubriendo que, aunque algunos de los días no habían sido todo lo buenos que él esperaba, había momentos en los que merecía la pena haberlos vivido.

Manuel Ruiz era natural de Ayna, un pueblo de Albacete. Situado en las últimas estribaciones de la sierra de Alcaraz. Era el quinto hijo de una familia humilde dedicada al campo. Había nacido hacía treinta y ocho años, de los cuales veintitrés los había dedicado al toreo, su pasión, su vida y sus desvelos. El público, consciente de su despedida, lo recibía con respeto y emoción contenida. Él, sin embargo, no buscaba compasión. Él quería enfrentarse a la verdad de su oficio, a darlo todo, a poner arte, temple y finura como siempre lo había hecho.

Conocida por su bravura indomable, la ganadería que le había tocado le daba la fuerza para una vez más, demostrar su maestría frente a su adversario. Manuel, concentrado en sus pensamientos, aguardó a que la presidencia de la plaza diera autorización al torilero con un toque de clarín, para dar salida a su adversario.

Esperó al animal en el centro de la plaza, quieto, impasible como una estatua. Con su capote en la mano, vencido sobre la arena. Entonces, el silencio se hizo absoluto. Pasaban los minutos y él seguía impasible, concentrado. Todo el mundo esperaba la salida del animal. Por fin, un negro astado salía por la puerta de toriles cegado por la luz del sol. Corría alrededor de la plaza sin percatarse del hombre que seguía en el centro esperando. Cuando el animal hubo aclimatado su vista, se paró, y en ese mismo momento, vio al hombre que lo llamaba, -eh, eh, eh-. Con lances de atracción lo citaba y esperó su embestida.

El sol hizo brillar los alamares del traje de luces del torero dando pie al toro para arrancarse hacia él. Entonces comenzaron los pases y los -oles- del público. La faena se convirtió en un diálogo entre el hombre y el toro. Las Verónicas, las Chicuelinas y las Revoleras, se transformaron en una danza íntima entre los dos al son de un pasodoble, que a Manuel le traía buenos recuerdos. El capote bailaba junto a su enemigo de nombre Calimero.

Así estuvieron enredados entre la capa los dos protagonistas de la fiesta en un intercambio de pases con finura y maestría. El animal seguía sin rechistar los lances que

el torero le pedía. Llegó el cambio de tercio. Un picador subido a caballo, lo cita, y obediente, entra a la vara de detener mientras empuja con fuerza el peto del caballo.

Calimero, herido, se deshace del picador y corre por la plaza sin rumbo esquivando a los subalternos que lo llaman con los capotes. En el siguiente cambio de tercio, tres banderilleros se despliegan por el ruedo citándolo con engaños, con el fin de asestarle, tres pares de banderillas.

El diestro, sale de la barrera con el estoque y la muleta preparado para lo que sería el final de la faena. Se acerca a la presidencia y le pide permiso, luego se dirige al centro del ruedo y quitándose la montera, brinda al público la muerte de su enemigo.

Ahora le toca a Manuel recoger al toro, lo cita de rodillas desde lejos pegado a las tablas y espera a que se vaya acercando para realizar un Farol, luego una larga cambiada, después otro farol y otro. Lo emborracha a pases esperando que el toro humille, para exponer su testuz ante el que le va a quitar la vida. El público, en pie, aplaudía y vitoreaba al maestro con intensa pasión y le coreaban olés a cada embestida. La plaza temblaba de júbilo viendo al diestro como nunca lo habían visto. Entregado y apasionado.

En uno de esos lances de rodillas, tira la muleta y se queda delante del toro mirándolo fijamente. La plaza enmudece en un silencio sepulcral. El público rezaba y se santiguaba mientras espera la reacción del astado. Pero el animal, quieto también, mira a su oponente, entonces, los dos se miran fijamente durante unos segundos y en esa mirada, Manuel ve en sus ojos algo que no esperaba: el sufrimiento, la incomprensión, la derrota. Está tan cerca, que siente el calor de su aliento jadeante en la cara. No se oye respirar a nadie, todo sigue en el más absoluto silencio. El público espera una reacción, pero los dos siguen uno frente al otro como si conversaran, midiendo los espacios y bajo un sol abrasador.

Seguidamente, la gente comienza a gritar y a decirle, -mátalo, mátalo- pero Manuel, levanta la rodilla del suelo, pasa su mano entre los dos pitones, lo acaricia y le habla con voz entrecortada pidiéndole perdón. Entonces, se da la vuelta mostrándole la espalda, y va caminando despacio hacia la presidencia. Mientras, el público que lo sigue con la mirada, espera una respuesta. Manuel, decidido y con la mente clara, perdona la vida del

animal. No por valentía ni por compasión, sino porque entiende que a veces la única respuesta posible es detener la violencia.

Se dirige al presidente diciendo: - no voy a matar a este toro y a ninguno más. En ese momento, supo que aquella mirada lo acompañaría siempre. Finalmente coge su montera y se va hacia la puerta de salida, pensando que, ese entusiasmo acervado que cuestiona la cultura y el arte con la tortura de un animal por puro placer, él, ya no va a ser cómplice nunca más. A continuación, tras ser asesorado el presidente, saca un pañuelo de color naranja en señal de perdón, indultando la muerte al astado, permitiéndole al animal regresar vivo a los corrales por su bravura y nobleza.

FIN



